

infanta doña Sancha, hija del emperador don Alfonso y de la emperatriz doña Rica. Tenía entonces el príncipe aragonés escasos cuatro años de edad, tal vez dos no cumplidos la princesa castellana: que tanto era en aquel tiempo el afán de hacer matrimonios y tan anticipadamente se concertaban. El afán decimos, puesto que no eran la mas segura prenda de alianza, como se vió en los reyes de Navarra García y Sancho, á quienes el emperador daba sus hijas sin que está fuera obstáculo para quitarles el reino ó pactar repartirse con otro.

Distraída de esta manera la atención de los monarcas cristianos, y entretenidos así en ajustar y celebrar bodas, hízose en estos años con mucha flojedad la guerra á los sarracenos, y no es maravilla que los Almohades se fueran entre tanto posesionando de las principales ciudades y plazas del Mediodía y Oriente de España. Del emperador, su mas formidable y su mas próximo enemigo, no sabemos que hiciera en este tiempo sino dos expediciones á Andalucía, una en 1151, en que tomó y saqueó á Jaen volviéndose á Toledo sin haber podido recuperar de los Almohades á Córdoba, otra en 1155, en que se apoderó de Pedroche, Andújar y Santa Eufemia, de la cual regresó para recibir á su yerno el rey Luis el Joven de Francia, de cuyo viaje á España dimos cuenta mas arriba. Marchando mas derechamente á su objeto los Almohades, habíanse propuesto rescatar á Almería del poder de los cristianos. Era la principal misión que había traído de Africa Cid-Abu-Said, hijo del emir Almumenin ó emperador de Marruecos. De nuevo, pues, se vió Almería circundada y apretada por mar y tierra, no menos ahora por los musulmanes que antes lo había estado por los cristianos: y mientras estos recibían algunos refuerzos que no bastaban á contrapesar las fuerzas de Cid-Abu-Said, aquellos se enseñoreaban de Granada, lanzados de esta ciudad ó fugados los Almoravides. Ocupado se hallaba Alfonso VII de Castilla en celebrar el tratado de Lérida y en arreglar las condiciones del matrimonio futuro de su tierna hija, cuando supo que Abdelmumen había enviado de Africa numerosas huestes para apretar el sitio de Almería. Aguijón fué este que le determinó á acudir volando á Andalucía con su hijo don Sancho y muchos magnates y prelados de su reino. Esta fué su postrera expedición.

No le detuvo saber que los recién llegados africanos, incorporados ya á los musulmanes españoles, formaban un ejército formidable. Al contrario, informado de que venían en su busca, quiso ahorrarles la molestia saliéndoles al encuentro. Trabóse una pelea de las mas bravas y reñidas: los Almohades perdieron en ella la flor de sus huestes: huyeron desordenados y abandonaron al vencedor el campo de batalla: mas laureles que despojos recogió aquel día el monarca castellano, pero no pudo evitar que Almería se rindiera al fin á Cid-Abu-Said (1157), á los diez años de haber sido conquistada por los príncipes cristianos. De seguro hubiera todavía atajado la caída de aquella insigne ciudad, si una fiebre violenta no hubiera venido á cortar el hilo de aquella vida que por tan largos años y en tantas lides habían respetado las cimitarras agarenas y las lanzas africanas. Tan aguda fué la enfermedad que acometió al victorioso emperador, que queriendo volver á Castilla, no pudo pasar ya de un sitio llamado Fresnedá, cerca del puerto de Muradal; erigióse allí un pabellón debajo de una encina, y despues de haber recibido con edificante piedad y devoción los sacramentos de la Iglesia de mano del arzobispo don Juan de Toledo, allí entregó su alma al Criador á 21 de agosto de 1157 entre las lágrimas y sollozos de sus hijos y de todo su ejército, á los 51 años de edad. Así murió el grande Alfonso VII rey de Leon y de Castilla emperador de España.

«Poseía Alfonso en alto grado, dice un juicioso historiador extranjero de nuestro siglo, las cualidades de un gran rey. Sabio y prudente, gobernó sus súbditos con dulzura y con bondad: consagró sus cuidados y vigilias á la exaltación de la religion cristiana.... Bajo su reinado fué severamente castigado el vicio (1): sus enemigos cedieron á su valor; Navarra

(1) A propósito de esto cuenta Sandoval el siguiente ejemplo de justicia y de severidad. Un labrador de Galicia vino á quejarse al emperador de fuerzas y agravios que le había hecho un caballero infanzon su veci-

y Aragon tuvieron á honor rendirle homenaje, como la mayor parte de los príncipes mahometanos.» «Bajo cualquier punto de vista, dice otro moderno historiador, que se mire la vida de Alfonso VII, por todos lados aparece grande, activa, gloriosa. Verdad es que se encuentran en ella algunos lunares. No contento con engrandecerse á expensas de los moros, también probó hacerlo algunas veces á costa de los reyes sus vecinos: mas como en los últimos años de su vida comprendiese los deberes que le imponía su título de emperador, procuró sin descanso reconciliar todos aquellos príncipes rivales, y reunir las fuerzas de la cristiandad contra sus eternos enemigos. Pocos reyes se han mostrado mas dignos del trono.... el nombre de *Emperador* no fué para él un objeto de ambicion vulgar; á falta de la unidad monárquica, para la cual no estaba todavía en sazón la España, le dió por lo menos la unidad feudal.»

Con razon, pues, lloraron su muerte todos sus súbditos. La noticia del fallecimiento apartó á su hijo don Sancho de las fronteras de los moros, así para dar honrosa sepultura al cadáver de su padre, que fué llevado á Toledo, como para encargarse del gobierno de Castilla. Su hermano don Fernando estaba declarado ya también rey de Leon.

CAPITULO VIII

Los Almohades

Su origen y principio.—Doctrina y predicaciones de Mohammed Abu Abdallah.—Toma el título de Mahedi.—Persecuciones, progresos y aventuras de este nuevo apóstol mahometano.—Abdelmumen: sus cualidades: asociase al profeta.—Triunfos materiales y morales de estos reformadores en Africa.—Toman sus sectarios el nombre de Almohades: conquistas de estos.—Muerte del Mahedi y proclamacion de Abdelmumen.—Victorias del nuevo emir de los Almohades.—Muere el emperador de los Almoravides Alí ben Yussuf, y le sucede su hijo Tachfin.—Los Almohades conquistan á Oran, Tremecen, Fez y Mequinez.—Muerte desgraciada del emperador Tachfin.—Revolucion en España á favor de los Almohades.—Conquista Abdelmumen á Marruecos: hambre y mortandad horrorosa: Ibrahim, último emperador de los Almoravides: muere sesinado por Abdelmumen.—Fin del imperio Almoravide en Africa y España.—Dominan allá y acá los Almohades.

Otra nueva raza africana ha invadido la península española, y echado en ella los cimientos de una nueva dominación. ¿Quién era y cómo se formó, y cómo vino á España este pueblo, enemigo también del nombre cristiano, pero no menos enemigo del nombre almoravide, que ha venido á destruir, y arrojar del suelo español á otro pueblo mahometano como él, y africano como él, y á fundar sobre las ruinas del imperio almoravide otro imperio y otro trono?

A principios del siglo VII, siendo Alí ben Yussuf emperador de Marruecos y rey de los Almoravides de España, un tal Mohammed Abu Abdallah, cuyo padre dicen que tenía el cargo de encender las lámparas de la grande aljama de Córdoba, con el deseo de instruirse en las cosas de su fe, despues de haber estudiado en Córdoba, pasó á Oriente, y llegando á Bagdad entró en la escuela en que daba sus lecciones el filósofo Abu Hamed Algazalí, que se distinguía por sus doctrinas contrarias á la fe ortodoxa de los musulmanes. Fijóse el doctor en aquel hombre, y al ver su extraño traje le preguntó: «Extranjero, ¿de qué país sois?—Soy, respondió, de al-Aksah en las tierras de Occidente.—¿Habeis estado en Córdoba, la

no, llamado don Hernando. Mandó el monarca al ofensor que satisficiera al agraviado, y juntamente escribió al merino del reino para que le hiciera justicia. Ni don Hernando cumplió lo que el emperador le mandaba, ni el merino fué parte para compelerle á ello. El labrador repitió su queja; sintió tanto el emperador su desacato, que á la hora, dice el cronista, partió de Toledo, tomando el camino de Galicia, sin decir á nadie su viaje, yendo disimulado para no ser sentido. Llegó así sin que don Hernando lo supiese, y haciendo pesquisas de la verdad, esperó que don Hernando estuviese en su casa y cercóle, y prendióle en ella, y sin mas dilación mandó poner una horca á las puertas de las mismas casas de don Hernando, y que luego le pusiesen en ella, y al labrador volvió y entregó todo lo que se le había tomado... Hecho esto, volvióse para Toledo.»

escuela mas célebre del mundo?—Como Mohammed contestase que sí, le preguntó Algazalí: «¿Conoceis mi obra *Del nacimiento de las ciencias y de la ley?*—La conozco, le respondió.—¿Y qué se dice de ella en Córdoba?» Suspenso y embarazado se quedó el extranjero: mas instado por Algazalí á que se explicase con franqueza, «Doctor, le dijo, vuestro libro ha sido condenado al fuego por la academia de Córdoba, como contrario á la fe pura del Islam, y esta sentencia ha sido confirmada por Alí, el cual ha mandado quemar todos los ejemplares de vuestra obra, no solo en Córdoba sino en Marruecos, en Fez, en Cairwan y en todas las academias de Occidente.» Algazalí levantando los brazos al cielo y pálido de ira exclamó con temblorosa voz: «¡Destruye, Allah, y aniquila el imperio de ese hombre, como él ha destruido mi libro!—Y que sea yo, oh ilustre iman, añadió entonces Abu Abdallah, que sea yo el ejecutor de vuestros votos!—Así sea, exclamó Algazalí: Señor, cúmplase mi deseo por las manos de este hombre!»

Desde entonces concibió Abu Abdallah el pensamiento de acabar con el imperio de los Almoravides, y volviendo á su patria en Africa comenzó á predicar con fervoroso celo de ciudad en ciudad la doctrina de Algazalí, como encargado de una misión divina, declamando contra la relajacion de los musulmanes, y procurando atraerse la admiracion y el respeto por la severa austeridad de sus costumbres, y no ostentando otro haber que un baston y un vaso de cuero. Dióse el nombre de *El Mahedi* (el conductor). No tardó el nuevo apóstol en hacer algunos prosélitos: la suerte le deparó entre los primeros á un jóven de noble raza y de bella y arrogante figura, llamado Abdelmumen (el servidor de Dios). Desde luego penetró El Mahedi las grandes disposiciones naturales de aquel jóven, y le hizo su compañero. Juntos se dirigieron los dos socios á Marruecos, residencia del emperador Alí. La corrupcion de la capital les ofreció abundante materia para sus predicaciones contra la desmoralizacion de los musulmanes. Un dia, cuando el pueblo se hallaba reunido en la gran mezquita, entró Abu Abdallah, y con admiracion de todos se sentó en la tribuna del *Emir*. Advirtióselo un ministro, y le respondió con severa gravedad: «Los templos solo pertenecen á Dios.» Aunque entró el emir, Abdallah permaneció en su puesto sin inmutarse; leyó un capítulo entero del Koran, y concluida la oracion, saludó al soberano, y le dijo: «Pon remedio á los males de tu pueblo y á los abusos de tu gobierno, porque Dios te pedirá cuenta del poder que te ha confiado.» Asombrado Alí, no supo qué responderle, y aquella atrevida amonestacion dejó una impresion profunda en la muchedumbre. Con esto la osadía de El Mahedi fué creciendo, y como un dia encontrase á la hermana del emir paseando á caballo con el rostro descubierto, contra las leyes del Koran, no contento con reprenderla ágricamente, puso las manos en su cuerpo con tal rudeza que la hizo caer del caballo: la desgraciada princesa refirió llorando su injuria al emperador su hermano, pero el sufrido y paciente Alí no hizo sino desterrar de Marruecos al audaz ofensor, teniéndole mas por insensato que por dogmatizador peligroso y temible.

No se alejó mucho el nuevo misionero. En un cementerio cercano á la ciudad construyó una cabaña ó ermita para sí y para su fiel Abdelmumen, desde donde comenzaron á declamar con mas violencia contra la impiedad de los Almoravides; y como estos no tenían muy en su favor al pueblo ni en Africa ni en España, pronto acudió la multitud á escuchar gustosa los atrevidos y acalorados discursos que de entre las tumbas del cementerio se lanzaban contra sus dominadores. Ya esto puso en cuidado á Alí, y dió orden para que se prendiese al perturbador; pero él, avisado del peligro, se huyó á Tinnal seguido de una turba de prosélitos; extendióse su fama por el Atlas, y allegósele un prodigioso número de discípulos.

Anunciábales allí en sus sermones la venida del gran Mahedi (el Mesías), que había de traer á la tierra la paz y la bienaventuranza. Un dia, con arreglo á un plan de antemano concertado, cuando él estaba haciendo la descripción de las virtudes del gran Mahedi y del modo cómo había de reformar y hacer feliz el mundo, se levantaron Abdelmumen y nueve

mas, y exclamaron: «¡Oh Mohammed! tú nos anuncias un Mahedi, y la descripción que de él haces solo te cuadra á tí: sé pues nuestro Mahedi, y todos te obedeceremos.» Levantáronse en seguida los demás discípulos, y juraron todos obedecerle hasta la muerte. Dejóse proclamar Abu Abdallah, y constituyéndose en fundador de un pueblo nuevo, procedió á organizarle, haciendo su primer ministro á Abdelmumen, á quien asoció nueve mas, que eran como sus decemviro. Distribuyó á los demás en otras nueve clases, entre las cuales se contaban otros dos consejos, uno de cincuenta individuos, y otro de sesenta, y además la clase de alimes ó sabios, la de hafizes ó intérpretes de las tradiciones, etc. Allí juntó ya un ejército de diez mil de á caballo y muchos mas de á pie, y con él se encaminó á Agmat, en ocasion que el emperador Alí volvió de España á Marruecos (1121).

Fué ya preciso que el wálí de Sús marchara contra los rebeldes; mas no atreviéndose á acometerlos, pidió socorros á Marruecos, y salió Ibrahim, hermano del emperador, con gran refuerzo de gente. Encontráronse con los Almohades, que este fué el nombre que tomaron los secuaces del Mahedi (1). Tu vieron estos la fortuna de salir vencedores, y este primer triunfo les dió un prestigio á que ayudó mucho la supersticion de aquellos pueblos. Juntó otro ejército el emperador, y despues de un porfiado combate tuvo también la desgracia de ser derrotado, cosa que no dejaba el Mahedi de atribuir en sus proclamas á proteccion visible del cielo. Sobresaltado ya el emperador, llamó de España á su hermano Temim, que había adquirido gran reputacion de guerrero; Temim fué contra los rebeldes, los cuales se habían atrincherado en las alturas de las sierras del Atlas. Los Almoravides prepararon con valor para desalojar á los enemigos de aquellas cumbres; pero de repente entró la confusion y el desórden en las filas delanteras, y cayendo unos sobre otros rodaron multitud de soldados por los despeñaderos, á cuyo tiempo salieron los Almohades de entre las breñas, y por tercera vez derrotaron á las tropas de Alí.

Quería el Mahedi tener una ciudad fuerte, en la cual pudiera con seguridad hacer sus preparativos para las grandes conquistas que ya meditaba. Fortificóse, pues, en Tinnal, situada en la cima de un peñasco inexpugnable, rodeada de espantosos desfiladeros y precipicios, y á la cual se subía por escalones cortados en la misma piedra. Desde allí hacían los Almohades continuas irrupciones en el llano. Al cabo de tres años creyéronse bastante fuertes para dar un golpe á la misma capital de Marruecos, y bajando de Tinnal en número de treinta mil marcharon en derechura sobre la corte de los Almoravides. Juntó el emperador Alí para oponer á los Almohades un ejército de cien mil hombres, con los cuales les salió al encuentro; pero vencidos otra vez los Almoravides, Marruecos vió acercarse hasta sus muros las entusiasmadas huestes del Mahedi. Sin embargo, mas diestros los Almohades en la pelea que diestros en tomar plazas, se dejaron sorprender una noche, y fueron la mayor parte pasados á cuchillo. Cuando la noticia de este desastre llegó á Tinnal, el Mahedi, que se había quedado allí enfermo preguntó si se había salvado Abdelmumen, y como le dijese que sí, exclamó: «Pues entonces nuestro imperio no está perdido.» Necesitaban, no obstante, los Almohades algun tiempo para reponerse de aquella desgracia (1125).

El estado de la España les favorecía mucho. Era cuando Alfonso de Aragon el Batallador, despues de tomada Zaragoza, había hecho aquella atrevida irrupcion en Andalucía, en que venció á tantos régulos musulmanes, y estuvo á pique de apoderarse de la misma Córdoba, y cuando los mozárabes de las sierras de Granada y Jaen se incorporaron á las banderas del rey de Aragon: motivo por el cual adoptaron desde entonces los Almoravides el partido y sistema de trasportar á Africa cuantos cristianos españoles cogían, para hacerlos servir allí en la guerra contra los Almohades.

(1) Segun Abulbeda y Dombay *Almohades* quiere decir *Unitarios*, creyentes en un solo Dios, por contraposicion á los idolatras y á los cristianos, á quienes llamaban *moshrikun* (politeístas), porque creían y adoraban la Trinidad.

Cuando el Mahedi se creyó bastante reparado de su pasada pérdida, dispuso emprender de nuevo la campaña; mas como su salud no se hubiese mejorado, encomendó el mando de las tropas al hombre de su confianza, á Abdelmumen; el cual salió con treinta mil jinetes y gran número de gente de á pié, resuelto á lavar la mancha que en la anterior derrota había caído sobre los Almohades. Grandemente lo consiguió Abdelmumen desbaratando á los morabitas y persiguiéndolos otra vez hasta las puertas de Marruecos; pero ahora no se atrevió á sitiar la ciudad, y se volvió á Tinmal.

La salud del profeta había seguido empeorándose; y sintiéndose ya cercano á la muerte, congregó la tropa y el pueblo, les exhortó á perseverar en la doctrina que les había enseñado, entregó á su predilecto discípulo Abdelmumen el libro de su fe, que él había recibido de manos del mismo Algazali, y cuatro dias despues murió en la luna de Moharran del año 524 (diciembre de 1129). Despues de su muerte los principales caudillos reconocieron por califa ó Emir Almummenin al valiente general y discípulo de su profeta, Abdelmumen, que tal había sido la última voluntad de el Mahedi (1).

Este intrépido guerrero llegó en tres años á reducir á muy estrechos límites el imperio de los Almoravides en Africa, habiéndose hecho dueño de todas las tierras que están entre las montañas de Darah y Salé (1132). Aterrado Alí con tan repetidas derrotas, y al ver la pujanza que iban tomando los Almohades, no sabiendo ya qué partido tomar contra tan poderoso enemigo, adoptó, siguiendo el dictámen de sus consejeros, el de asociar al imperio á su hijo Tachfin, que se hallaba en España, donde se había granjeado gran reputacion de guerrero esforzado y valiente. Pero los negocios de España tampoco marchaban en prosperidad para los Almoravides: porque si durante las turbulencias del reinado de doña Urraca habían ganado algo por la parte de Castilla y Portugal, tenían que habérselas ahora con su hijo Alfonso VII el emperador, que no era menos terrible contrario que el otro Alfonso aragonés. Fué no obstante necesario que Tachfin pasase á Africa, puesto que allí era el asiento principal del imperio de los lamtunas, y así lo hizo, llevándose consigo cuantos cristianos españoles pudo, ya por sistema, ya en venganza de la ejecución hecha en los musulmanes por las tropas de Alfonso VII en el sitio de Coria. Con la ausencia de Tachfin de España empeoró acá la situación de los Almoravides y no ganó mucho en la Mauritania. Rebeláronse los agarenos de Algarbe y Andalucía, y vinieron las sangrientas escenas que hemos descrito entre andaluces y africanos, mientras en Africa el formidable Abdelmumen continuaba ganando victorias y poniendo cada vez en situación mas apurada el soberbio imperio de los Almoravides.

Murió el emperador Alí agobiado de disgustos (1143), y sucedióle su hijo Tachfin, el cual trató de dar nuevo y mayor impulso á la guerra para ver de sostener el vacilante impe-

(1) El autor del libro de los príncipes (Kitab el Moluk) cuenta haberse hecho la eleccion y nombramiento de Abdelmumen de la siguiente dramática manera. La muerte del Mahedi estuvo algun tiempo oculta, y Abdelmumen gobernaba en su nombre como si viviese. Entre tanto Abdelmumen acostumbró á un leoncillo que criaba á hacerle caricias, y enseñó á un pájaro á pronunciar en árabe y en berberisco estas palabras: «Abdelmumen es el defensor y el apoyo del Estado.» Llegado el dia en que ya fué preciso publicar la muerte del Mahedi y proceder á la eleccion de nuevo emir, congregó Abdelmumen á los jeques y caudillos en una sala bien preparada de antemano para su proyecto. Pronunció Abdelmumen una arenga, manifestado el objeto de la reunion y la necesidad de nombrar un califa que gobernara y sostuviera el imperio. En un momento de silencio que guardó la asamblea se oyó una voz que dijo: «Victoria y poder á nuestro Señor, el califa Abdelmumen, emir de los creyentes, amparo y sosten del imperio.» Era el pájaro que estaba oculto en la parte superior de una columna del salon. Al propio tiempo se abrió una puerta, de donde salió un leon, cuya presencia aterró á todos los circunstantes: solo Abdelmumen se dirigió con mucha calma á la fiera, la cual moviendo su larga cola comenzó á hacerle caricias y á lamerle suavemente las manos. No podían darse señales mas claras y evidentes de la voluntad de Dios en favor de Abdelmumen: aclamáronle todos á una voz, y le juraron obediencia y fidelidad. El leon le seguía y acompañaba á todas partes, y el poeta Abi Aly Anas celebró esta eleccion en elegantes versos.

rio. Favorecióle la fortuna en los primeros combates; pero fué luego otra vez vencido por Abdelmumen, que le persiguió hasta encerrarle en Tremecen, y aun dió á la ciudad varios asaltos. Despues, dejando bastante número de tropas para que continuaran el asedio, marchó contra Oran. Encerrado el emperador almoravide en Tremecen, hizo ya aparejar sus naves para refugiarse en España en el caso de ver perderse el Africa enteramente. Mas como tuviese sus tesoros en Oran, y por otra parte no pudiese resistir ya mas tiempo en Tremecen, acudió á aquella ciudad por si podia salvarla y salvar sus riquezas, llegando á punto que estaba ya para venir á capitulacion. Aunque al pronto su presencia alentó á los sitiados, conoció, no obstante, que no le quedaba otro recurso que pasar á España, y con el deseo y propósito de ganar otra vez el puerto en que tenía sus naves, salió una noche de Oran: el caballo se espantó y cayó despeñado en un precipicio: á la mañana fué hallado el caballo muerto y junto á él el cadáver del rey Tachfin magullado. Abdelmumen le hizo cortar la cabeza, que envió á Tinmal, y el cuerpo fué clavado en un sauce. Oran capituló, y Abdelmumen entró en ella triunfante en la egría 540 (junio de 1145).

Las ciudades que aun quedaban sujetas al imperio de los Almoravides reconocieron por sucesor de Tachfin á su hijo Ibrahim Abu Ishak. Poco tiempo duró al nuevo emir su casi ya nominal imperio. El activo Abdelmumen, despues de haber tomado varias ciudades, revolvió otra vez sobre Tremecen: la obstinada defensa que hicieron los sitiados solo sirvió para hacer mas lastimosa su suerte, pues tomándola Abdelmumen por asalto pasó á cuchillo á cuantos se pusieron delante de sus enfurecidas huestes. Detúvose allí algun tiempo, no sin enviar al sitio de Fez á sus caudillos, los cuales de paso tomaron por capitulacion á Mequinez. Tambien Fez se defendió vigorosamente; y viendo Abdelmumen que se dilatava el cerco, pasó allá, y dispuso para rendir la ciudad una estratagema que le dió mas prontos y eficaces resultados que todas las máquinas con que la combatia.

Hay un rio que atraviesa la ciudad y cuyo cauce es estrecho y profundo. Abdelmumen hizo atajar la corriente de este rio con un murallon construido de troncos y ramas de árboles: formóse pronto un inmenso pantano que asemejaba un mar; y cuando las aguas empezaban ya á rebosar por los campos hizo romper el dique de aquel gran depósito, que con impetu terrible y estruendo espantoso fué á azotar los muros de la ciudad: casas, templos, puentes, cayeron derruidos al impulso de aquella gigantesca mole de agua, y hasta un lienzo de la muralla se desplomó arrancados sus cimientos. Todavía sin embargo defendieron los sitiados con heroico esfuerzo los boquetes abiertos por el torrente impetuoso, y todavía hubieran dado mucho que hacer á los Almohades, si los cristianos andaluces que dentro había no hubieran concertado con Abdelmumen la entrega de la ciudad. Entró, pues, Abdelmumen en Fez, y fué proclamado rey de los Almohades. Pronto se le entregaron Agmat, Mekinez, Salé, quedándole solo Marruecos, la corte del ya espirante imperio de los Lamtunas.

Era por este tiempo cuando en el Mediodía de España se habían levantado las ciudades contra el poder de estos dominadores, y los sublevados del Algarbe español, dirigidos por Aben Cosai, habían reclamado ya el apoyo de los Almohades de Africa. Entonces fué cuando Abdelmumen, acabadas las conquistas de Almagreb, y hallándose en el mismo caso que en otro tiempo Yussuf rey de los Almoravides, dispuso que su caudillo Abu Amran franquease el estrecho y pasase á España con diez mil caballos y doble número de infantería, á proteger la bandera almohade levantada en la Península y á afirmar en ella su imperio como le iba afirmando en Africa, de la misma manera que Yussuf lo había hecho sesenta años antes. Algeciras, Gibraltar, Jerez, Sevilla, Córdoba, Málaga, fueron sucesivamente recibiendo en su seno á los nuevos africanos, y enarbolando en sus alcázares la bandera blanca de los Almohades, y abatiendo el negro estandarte de los Almoravides, mientras Abdelmumen se ocupaba en Africa en rendir á Marruecos, última ciudad en que Ibrahim Abu Ishak mantenía una sombra de poder. No referiremos los arduos de guerra que empleó Abdelmumen para apoderarse de la

populosa corte de los Almoravides: solo diremos que escarmentados los sitiados en diferentes reencuentros, y no atreviéndose ya á hacer nuevas salidas, viéronse reducidos á un hambre tan horrorosa, que pasaban de doscientos mil los cadáveres de los que murieron de inanición; á los que sobrevivían faltábales fuerzas para sostener las armas; un silencio pavoroso reinaba en una ciudad que poco antes hervía de gente: tan horrenda calamidad acompañó la caída del imperio de los Almoravides. En tal estado poco podia prolongarse la resistencia. En el primer asalto general entraron los sitiadores «como rabiosos lobos en redil de tímidas ovejas,» usando de la expresion de una crónica arábiga (1).

Ibrahim y los jeques que aun quedaban vivos fueron extraídos del alcázar y llevados delante del conquistador. Al ver este á Ibrahim en la flor de su edad, conmovido de su desgracia, que hacia mas interesante su gallarda presencia, manifestó su intencion de perdonarle la vida y el vencido emperador se postró á sus piés rogándole tambien que se le perdonase. Este acto de humillacion irritó de tal modo á un jeque Almoravide, que escupiendo á su mismo iman en la cara: «Miserable, le dijo, ¿piensas que diriges esos ruegos á un padre amoroso y compasivo que se apiadará de tí? Sufré como hombre, que esta fiera ni se aplaca con lágrimas ni se harta de sangre.» Estas altivas palabras enojaron de tal modo á Abdelmumen, que en el ardor de su cólera mandó cortar la cabeza, no solo al rey Ibrahim Abu Ishak, sino á todos los jeques y caudillos, sin hacer gracia á ninguno de ellos. El ejemplo de Abdelmumen fué seguido por sus soldados, y por espacio de tres dias hubo una matanza tan horrorosa, que al decir de Aben Iza murieron en aquella miserable ciudad mas de setenta mil personas. Tan horrible y espantoso remate tuvo el imperio de los Almoravides. Otros tres dias estuvo la ciudad cerrada y como desierta. Luego se purificó segun la doctrina del Mahedi, derribáronse sus mezquitas, y mandó Abdelmumen construir otras nuevas. Marruecos fué de nuevo reedificada y embellecida con magníficos edificios. El conquistador tomó el título oriental de Emir Almummenin, ó jefe de los creyentes.

Lo que durante estos memorables sucesos de Africa y algunos años despues aconteció en nuestra España, lo dejamos referido en el capítulo precedente. Los fuertes de Oreja, Coria, Mora y Calatrava caian en poder del emperador Alfonso VII. La importante plaza de Almería era arrancada de las manos de los Almoravides; Santarén y Lisboa entraban en los dominios del rey cristiano de Portugal Alfonso Enriquez; Tortosa, Lérida y Fraga se rendían á las armas catalanas y aragonesas conducidas por Ramon Berenguer IV. Los Almoravides hacían los postreros esfuerzos por conservar una dominacion que se les escapaba de las manos. Aben Gania, su último caudillo, había apelado á la proteccion del rey de Castilla Alfonso VII como en otro tiempo Ebn Abed había buscado el auxilio de Alfonso VI. Ahora como entonces no eran sino vanas y desesperadas tentativas de una dominacion moribunda sentenciada á ser reemplazada por otra. Aben Gania murió peleando en los campos de Granada, y Granada levantó pendon por los Almohades. Pasaron algunos años, en que los monarcas y príncipes españoles apenas hicieron otra cosa, como hemos visto, que entretenerse en concertar y realizar matrimonios, ó confederarse entre sí para repartirse algun reino cristiano. Dieron con esto lugar á que los Almohades se fueran enseñoreando de todo el Mediodía de España, y cuando en 1157 acudió el emperador á atajar sus progresos, los laureles de la victoria y los cantos de triunfo de sus soldados casi se confundieron con las lágrimas y suspiros de los españoles que lloraban la pérdida del monarca vencedor. Y con la muerte de Alfonso VII quedaron los Almohades dueños de la España musulmana; pasando el imperio de Yussuf al dominio de Abdelmumen (2).

La suerte de las poblaciones árabes en nada mejoró con este

(1) Conde, part. III, cap. 40.

(2) Hallanse larga y minuciosamente referidas estas guerras entre Almoravides y Almohades en los árabes de Conde, par. III, capit. desde el 26 al 44.

cambio de dominacion. Sujetos como antes á una raza berberisca, aun fué mas humillante el yugo que tuvieron que sufrir con esta segunda conquista. Al fin los Almoravides no habían podido olvidar que sus mayores eran originarios del Yemen, y aun conservaban con los árabes algunas atenciones, bien que los tratasen como á un pueblo vencido. Los Almohades, africanos puros, hacían del origen árabe un título de proscripcion. Así poco á poco fué desapareciendo la antigua raza, y pronto la poblacion musulmánica de España quedó reducida á moros africanos.

CAPITULO IX

Portugal

Origen y principio de este reino.—Cuándo empezó á sonar en la historia el distrito Portucalense.—Primer conde de Portugal Enrique de Borgoña. Su ambicion; sus planes; inutilidad de sus esfuerzos por apropiarse una parte de Leon y de Castilla.—Su esposa doña Teresa.—Proyectos ambiciosos de la condesa viuda.—Tratos, alianzas, guerras y negociaciones durante el reinado de su hermana doña Urraca de Castilla.—Tendencia de los portugueses á la emancipacion.—Pactos y guerras de doña Teresa de Portugal con Alfonso VII de Castilla.—Revolucion de Portugal.—Sus causas.—Es expulsada doña Teresa y proclamado su hijo Alfonso Enriquez.—Guerras y negociaciones del príncipe de Portugal con el monarca castellano.—Tratado de Tuy.—Famosa batalla de Ourique.—Fundamento de la monarquía portuguesa.—Tregua de Valdevez.—Conferencia y tratado de Zamora.—Es reconocido Alfonso Enriquez primer rey de Portugal.—Cuestion de independencia.—Recurrir Alfonso de Portugal á la Santa Sede para legitimarla.—Carta del emperador al papa.—Contestaciones de los pontífices.—Separacion definitiva de Portugal.

Cuando el feliz acacimiento de la union de Aragon y Cataluña parecia impulsar la España hácia la apetecida unidad, otra parte integrante del territorio español se iba poco á poco desmembrando de la corona de Castilla hasta erigirse en reino independiente, segregándose así dos Estados que la naturaleza parece había formado para constituir dos bellas porciones de un vasto imperio, de la monarquía española, que con ellas sería una de las mas ricas y poderosas naciones de Europa. Veamos por qué pasos llegó Portugal á separarse de Castilla y á alcanzar su independencia.

La antigua Lusitania había corrido en todas las épocas y dominaciones la misma suerte que todos los demás distritos de la Península. Otro tanto sucedió en los primeros siglos de la restauracion. Hácia el siglo X, comenzó ya á nombrarse el distrito de *Portucale* ó *Terra Portucalensis*; porque así como Coimbra era la poblacion mas importante sobre el Mondego, *Portucale* era á su vez la mas notable sobre el Duero (3). Cuando el rey de Castilla y de Leon Fernando el Magno rindió á Coimbra, encomendó el gobierno del territorio comprendido entre el Mondego y el Duero, en que estaba la tierra portucalense, al mozárabe Sisnando, que había sido vazzir del rey árabe de Sevilla (4), el cual le gobernó con prudencia y sirvió fielmente á todos los príncipes hasta que murió en 1091. A los últimos del siglo XI, comenzaba ya á sonar como provincia distinta, y en la distribucion de reinos que hizo Fernando el Magno tocó á su hijo García la Galicia con Portugal (5). Pasó luego sucesivamente al dominio de Sancho II de Castilla y de Alfonso IV de Castilla y de Leon, siempre como una parte de Galicia, ya fuese esta considerada como reino, ya como provincia regida por condes dependientes de los monarcas de Leon y Castilla. Pero aquella provincia y sus distritos, con las agregaciones que fué recibiendo de los territorios de Algarbe conquistados á los musulmanes, formaba ya un vasto Estado bastante apartado del centro de la monarquía

(3) *Cale, Portucale, Portugal*.—Sobre el origen de *Cale* y su situacion á la márgen izquierda del Duero en tiempo de los romanos, véase á Florez, España Sagrada, tomo XXI, pág. 1 y sig.—De *Portucale* en el siglo V, habla la Crónica de Idacio.—Menciónase en el siglo IX en la de Sampiro, y en el X en el Libro Preto da Sé de Coimbra.—Sobre la formacion del distrito Portucalense y Portugal puede verse la not. 1 al libro I de la Hist. de Herulano.

(4) Part. II, lib. I, cap. 22 de nuestra historia.

(5) *Dedit D. Garseano totam Gallaciam una cum toto Portucale*, dice Pelayo de Oviedo en su Crónica.